

Diskolos

(EL CASCARRABIAS)

Primera traducción castellana, directamente del griego.

Escribe: MANUEL BRICEÑO J., S. J.

BREVE NOTICIA DE MENANDRO DE ATENAS

Miembro de una familia rica y distinguida, nace en Atenas (342-292 a. C.). Desde joven se instruye en la doctrina del filósofo Epicuro, su compañero en el servicio militar. Es además iniciado por su tío, el poeta cómico Alexis, en el arte de escribir comedias.

Aristócrata por naturaleza, espíritu complaciente, de elegante presencia, hombre de mundo, epicúreo delicado, consciente de su propio talento. Su rival en el arte es el popular Filemón. Este, a juicio de los antiguos, es muy inferior a Menandro, el aristócrata. Pero le arrebató muchas veces el triunfo... "*Dime, Filemón, —cuentan que le dice Menandro un día—, dime francamente: ¿cuando triunfas sobre mí no te da vergüenza?*".

El rey Ptolomeo I de Egipto le hace una obligante invitación a su corte, pero Menandro la rehusa por no disturbar su propio lujoso *comfort*. Siente simpatía por los demás, pero no le interesan los asuntos de la vida pública.

Estrena su primera comedia a los 21 años de edad (321 a. C.). Luego se silencia, y solo seis lustros más tarde comienza una enorme producción en serie. ¡Más de cien comedias! Es galardonado con el primer premio ocho veces tan solo. Porque la fama de Menandro no viene a florecer vigorosamente sino un siglo después de su muerte. Y en realidad acaba por adueñarse del teatro romano, imitado y adaptado por Terencio y Plauto.

Hasta 1905 prácticamente no se conocía nada de Menandro. Ese año se descubre en Egipto un papiro y luego muchos más con largos fragmentos de seis comedias diferentes. Pero ninguna obra completa. Por fortuna en 1957, también en Egipto, se halla un último papiro con una comedia íntegra, el *Diskolos* (*El cascarrabias*). El texto griego se publicó por vez

primera en 1958. Para la presente traducción que hoy ofrecemos a los países de habla castellana hemos empleado la edición crítica del texto griego editada por E. W. Handley (1965).

Menandro es, además de dramaturgo, un pensador. Muchas de sus máximas fueron recogidas en viejas antologías. Y el mismo San Pablo, en la primera Carta a los Corintios (13, 33) cita uno de esos versos.

Menandro sigue un camino distinto al de sus contemporáneos. Deja a un lado los temas mitológicos. Su arte se señala por la variada y delicada caracterización de los personajes —la joven perjudicada, el papá bravucón, el esclavo astuto, la hábil cortesana (*hetaira*)— de pasiones comunes a toda la especie humana: caracteres que a su vez van poco a poco desarrollándose a medida que avanza la acción.

El humor de Menandro depende de las situaciones, o del carácter del interlocutor, o de la ironía cómica. Pero estas comedias retratan con simpatía humana la vida de su tiempo. Ya Aristófanes de Bizancio (s. II a. C.) exclamaba entusiasmado: “Oh tú, Menandro, y oh tú, Vida humana: ¿quién de los dos copió al otro?”. Menandro, independizándose de la llamada Comedia antigua, prescinde del canto y de la danza, evita los equívocos y obscenidades tan característicos de Aristófanes de Atenas, y tiene sus peculiaridades típicamente menándricas.

Fuera del *Diskolos*, es difícil hallar la intriga precisa en las demás comedias tan fragmentadas, mas por las imitaciones latinas se puede entrever en ellas el plan claro, y la trama variadísima y original.

Menandro muere ahogado en el puerto del Pireo, cerca de Atenas, a los 50 años de su edad, y en la plena madurez de su genio.

Manuel Briceño J., S. J.

* * *

MENANDRO

(342 - 292 a. C.)

“DYSKOLOS”

(Texto íntegro). (Original griego, según la edición crítica de E. W. Handley, Methuen & Co. Ltd., London, 1965).

EL CASCARRABIAS

(Traducción directa del griego, por Manuel Briceño J., S. J.).

Se estrenó en las Leneas (*), en el arcontazgo de Demógenes (317/6 a. C.), y ganó el primer premio, siendo actor principal Aristodemos de Escafás. Otro título: *El Misántropo*.

(*) Fiestas en honor de Dionisio (Baco).

PERSONAJES: *Pan*, el dios. — *Quereas*, parásito. — *Sóstratos*, el enamorado. — *Pirrias*, esclavo (de Sóstratos). — *Cnemón*, el papá (*Cascarrabias*). — *La hija* de Cnemón. *Daos*, esclavo (de Gorgias). — *Gorgias*, hermano medio de la hija de Cnemón. — *Sicón*, cocinero. — *Getas*, esclavo (de Calípedes). — *Símica*, vieja (servidora en casa de Cnemón). — *Calípedes*, padre de Sóstratos.

(La escena pasa en File, del Atica. En el centro, un santuario rústico con la estatua del dios Pan. A la derecha, la casa de Cnemón. A la izquierda, la de Gorgias).

* * *

ACTO I

(PROLOGO)

Pan—Imagínense Uds. que el lugar de este suceso es File, del Atica. El antro de las Ninfas, de donde acabo de salir, es el muy conocido Santuario de los Filasianos, pueblo capaz de laborar aquí las rocas. La granja esta de la derecha es habitada por Cnemón, hombre enteramente asocial y cascarrabias con todo el mundo, y que vive disgustado con la gente. ¿Con la gente, digo? Si él ha vivido ya sus años, y no ha conversado de buena gana con nadie en toda la vida; y ni siquiera le ha dirigido la palabra primero, excepto a mi, Pan, y eso porque se ve obligado a saludarme, al pasar por delante, pues vive en mi vecindad. Y estoy segurísimo de que al momento se arrepiente de haber hablado.

Pues bien, con un carácter de esa calaña, se casó con una viuda, cuyo primer marido acababa de expirar dejándole un hijo, entonces pequeñito. Y no contento con reñir todo el día con su compañera de yugo. así seguía casi toda la noche. No, ¡qué vida tan horrorosa! Le nació una hija, ¡y eso sí fue peor! Pero como esa manera de vivir era tan desgraciada que no se imaginan, y los días no eran sino amarguras y crueldad, la mujer resolvió irse donde su hijo, el del primer matrimonio.

Y es el caso que él poseía, allí en los aledaños, un trocito de tierra con que ahora medio sostiene a duras penas a la madre, a sí mismo y al único esclavo fiel de los de su padre. Pero ya el muchacho es todo un hombrecito, con una madurez mayor que sus años. Pues lo que curte al hombre es la experiencia de las dificultades.

Ahora el viejo vive enteramente por su cuenta con su hija y con una anciana criada. El carga la leña, él cava la tierra, no descansa un momento, y sobre todo detesta uno por uno a todos, comenzando de aquí arriba por estos vecinos y, claro está, por su mujer, hasta llegar a Colarges. En cuanto a la niña, se ha conformado a tal educación: ella no conoce nada que sea malo.

Y como se ha ganado el favor de las Ninfas —compañeras mías— por la reverencia en su devoción a estas, ello nos ha persuadido a que nos preocupemos de alguna manera por la doncella. Y acontece que —acompa-

ñado de un cazador amigo— acaba de llegar tras una fiera cierto joven de modales aristocráticos: su padre es muy rico; allá en su país tiene labrantíos que bien valen sus buenos talentos (de oro). Y ha llegado por casualidad al lugar de esta, y yo le he hecho enamorarse locamente de la niña.

He ahí lo esencial. Y ahora, los detalles Uds. los verán —si les place—. Y ojalá les plazca ya, porque me parece que veo acercarse al enamorado y a su compañero de caza; viene conversando precisamente de estas cosas.

(Pan entra en el Santuario).

ESCENA 1

Quereas, Sóstratos (entrando por derecha).

Quereas—¿Qué dices? ¿Que viste allí, Sóstratos, una niña de condición libre cuando coronaba a las Ninfas vecinas, y que a la primera te quedaste prendado de ella?

Sóstratos—Sí, a la primera.

Quereas—¿Tan rápido? ¿O fue que al salir ya venías resuelto a enamorarte?

Sóstratos—¿Te estás burlando! No, amigo *Quereas*, estoy mal, estoy mal.

Quereas—No lo dudo.

Sóstratos—Por eso estoy aquí buscando tu apoyo en esta aventura; porque veo en tí a un amigo, y al hombre más práctico para llevarlo a buen éxito.

Quereas—En estos casos, Sóstratos, mira lo que suelo hacer: ¿que un amigo me pide ayuda, muerto de amor por una cortesana? Pues al instante me la arrebató, me la llevo, me embriago, incendio y no admito razón de nada. Antes de saber quién es ella, conviene hacerlo. Porque es la lentitud la que aumenta más la pasión, mientras que una acción pronta le pone fin rápido. ¿Hablas tú de matrimonio y de una niña libre? ¡Ah, bueno! Entonces soy otro hombre: voy a informarme de la familia, de sus recursos, del carácter. Porque quiero dejarle a mi amigo todo cuanto pueda saber sobre el asunto, como un recuerdo eterno para el futuro.

Sóstratos—¿Está bien! *(Aparte)*. Pero esto no me satisface mucho que digamos.

Quereas—Pues tu caso precisamente exige que primero hagamos estas averiguaciones.

Sóstratos—Desde el amanecer envié a casa a Pirrias, el que nos acompañaba en la cacería...

Quereas—¿A casa? ¿A casa de quién?

Sóstratos—A buscar al propio padre de la niña, o al amo de esta mansión, quienquiera que sea.

Quereas (Reflexionando)—¡Por Hércules! ¿qué estás diciendo?

Sóstratos—¡De veras, me equivoqué! Pero cuando se ama no es fácil conocer lo que es conveniente en cada momento. De hecho estoy sorprendido —y lo he estado por algún tiempo— de cuál pueda ser la demora. Mis instrucciones para él eran las de averiguar la situación, y regresar aquí al instante para contármelo.

ESCENA 2

Dichos, Pirrias (que entra precipitadamente por izquierda).

Pirrias—¡Dejen paso! ¡Atención! ¡Que todo mundo salga de aquí! ¡El que me persigue es un loco, es un loco!

Sóstratos—¿Qué es lo que te pasa, muchacho?

Pirrias—¡Huyan!

Sóstratos—¿Pero qué pasa?

Pirrias—Que me arroja terrones, piedras. ¡Muerto soy!

Sóstratos—¿Te arrojan algo? ¿Dónde estuviste, infeliz?

Pirrias—Ah, ¿tal vez ya no me persigue?

Sóstratos—No, ¡por Zeus!

Pirrias—Yo creía que sí.

Sóstratos—Pero, vamos, ¿qué nuevas hay?

Pirrias—Salgamos. Yo te sigo.

Sóstratos—¿A dónde?

Pirrias—¡Lejos de esta puerta, lejos de aquí, lo más lejos posible! Porque es un hijo de las calamidades, un hombre poseído de malos espíritus, o de negra bilis, el que habita aquí en esta casa, ese individuo a quien me enviaste a visitar. ¡Oh, dioses! ¡Si eso es algo terrible! Me destrocé todos los dedos de los pies tropezando a cada paso.

Sóstratos a Quereas—¿Está loco? ¿o será que llegó acá y ahora comete locuras?

Quereas—Seguro que está chiflado.

Pirrias—¡Por Zeus! Que me muera si lo estuve, ¡Sóstratos! Pero ponte en guardia (no sea que nos coja mientras te explico). Pero no, es imposible hablar, se me cortó la respiración... Pues bien, cuando golpeé a la puerta ordené que buscaran al amo. Salió a responderme una vieja la mar de desgraciada. Y desde el mismo sitio donde estoy hablando ahora, ella me lo señaló que iba y venía sobre ese montecillo, ¡viejo miserable!, recogiendo por sí mismo peras agrestes, o pedazos de leña retorcidos...

Quereas—¡Qué rabia!

Pirrias—¿Y eso qué, mi querido amigo? Yo avanzaba hacia su granja, directamente a él, y desde muy lejos —queriendo yo aparecer como un modelo de cortesía y de habilidad— le dirigí la palabra: “Señor, he venido a encontrarlo para tratar con usted un asunto, dije, y tengo prisa precisamente por usted, para hablarle de este negocio suyo”. Pero él me interrumpió al punto: “Tonto”, dijo, “¿a mi granja cómo se le ha ocurrido venir?”. Y recogiendo un terrón grande me lo arrojó en toda la cara...

Quereas—¡Que se vaya a los cuervos!...

Pirrias—Y en cuanto le repliqué: “Poseidón te...”, apenas tuve tiempo de cerrar los ojos, pues él agarró esta vez una estaca puntiaguda, y con ella se vino resuelto contra mí. Y decía: “¿Qué negocio puede haber entre los dos? ¿No conoce el camino real?”. Y gritaba como un desesperado.

Quereas—Es un loco de remate ese campesino tuyo.

Pirrias—Pero terminemos: Yo salí corriendo, mas él me persiguió como unos 15 estadios, al rededor de toda esta colina al principio, luego en bajada hasta esa espesura, y me lanzaba terrones, piedras, y con peras cuando no tuvo a mano otra cosa. ¡Era una pura salvajada! ¡Viejo más malo...! Por eso te suplico que te marches de aquí.

Sóstratos—Aconsejas una cobardía.

Pirrias—No sabes lo bestia que es él: ¡nos va a tragar!

Quereas—Puede ser que ahora precisamente esté alterado por algún motivo. Por eso creo que se debe intentar de nuevo la visita, Sóstratos. Sábetelo bien: en toda empresa el secreto del éxito está en saber aprovechar la oportunidad.

Pirrias—¡Tened prudencia!

Quereas—Nadie más difícil de carácter que un campesino pobre; y no él solo, sino casi todos. Pues bien, mañana en amaneciendo yo iré solo donde él, puesto que conozco sus habitaciones. Ahora voy a entrar en casa y a permanecer allí, y lo mismo harás tú.

Pirrias—Bueno, hagamos como ordenas.

Sóstratos (aparte)—Eso es una excusa, y está feliz de haberla encontrado. Bien se veía que no me acompañaba de buena gana y que no aprobaba del todo el intento de matrimonio. (*Volviéndose a Pirrias*). Pero a tí, perverso, que todos los dioses te hagan perecer, ¡esclavo de azotar!

Pirrias—¿Yo qué mal he hecho, Sóstratos?

Sóstratos—Seguro que al entrar en sus tierras te robaste algo, ¿no es así?

Pirrias—Yo, ¿robar?

Sóstratos—Pero alguien te golpeó, dices, ¿sin que hubieras hecho nada?

Pirrias—Sí, justamente ese.

Sóstratos—¿El?

Pirrias—Yo me voy, mi excelente amigo. (*Se va a buscar refugio en la caverna de las Ninfas*). Háblale tú a él (señalando la casa del viejo).

Sóstratos—¿Imposible! Yo no soy capaz de persuadir cuando hablo. Pero, ¿qué significa esa señal?

Pirrias—Mira ese hombre así. (*Sale por derecha*).

Sóstratos (solo)—¡Ajá! No tiene cara de buenos amigos que digamos... ¡Por Zeus! que no la tiene... ¡Y viene con qué prisa! Voy a retirarme un poco de la puerta, tal vez será mejor. Pero viene hablando y gritando solo. No me parece muy en sus cabales. ¡Por Apolo y por los dioses, que estoy muerto de miedo! ¿Por qué no confesar la verdad?

ESCENA 3

Sóstratos, Cnemón (entrando por izquierda).

Cnemón—Pues sí, después de todo, ¿no era afortunado Perseo por dos razones? Primera, porque con sus sandalias aladas estaba al abrigo de cuantos caminan por la tierra; y, segunda, porque poseía una virtud (mágica) con que dejaba petrificados a los que le enojaban. ¡Ah! ¡Si yo poseyera esa virtud ahora...! Lo más común por dondequiera serían las estatuas de piedra. Pero, como van las cosas, no se puede vivir, ¡por Asclepio! Ya es un montón de gente la que viene a mis terrenos a charlar. Sí, claro, es que como yo tengo, por Zeus, la costumbre de gastar mi tiempo siempre a la orilla del camino...! Pero no ven que ni siquiera cultivo esta parcela de tierra, pues la he tenido que abandonar por causa de los transeúntes. Y ahora ya no hacen sino trepar por las colinas, ¡será para alcanzarme! ¡Oh, qué multitudes apretujadas! (*Reparando en Sóstratos*). ¡Maldición! Otro aquí todavía, ¿plantado contra mi puerta? (*Se le acerca amenazante*).

Sóstratos (Aparte)—¿Me irá a golpear a mí?

Cnemón—Ya es imposible hallar la soledad en ninguna parte. Ni siquiera para ahorcarse, si a uno le da la gana.

Sóstratos (a Cnemón)—¿Está irritado contra mí? Yo, señor, estoy esperando una persona aquí, en este lugar. Tengo una cita.

Cnemón—¿No lo decía yo? Ud. ha tomado esto por un pórtico, ¿o por el sitio de las asambleas públicas? Mire, si usted quiere venir y encontrarse a mis puertas con alguien traiga todo, tome sus disposiciones, construya una sede —si tiene un tris de inteligencia—, o mejor, fabrique una sala de reunión...! ¡Desgraciado de mí! ¡Qué insolencia! Esta me parece es la causa de mis males. (*Entra en casa golpeando fuertemente la puerta*).

Sóstratos (solo)—Yo creo que la situación presente exige el esfuerzo no de uno solo, sino también de un alcahuete. ¡Evidente! ¿Qué? ¿No bus-

caré a Getas, el esclavo de mi padre? Sí, ¡por los dioses!, iré a buscarlo. Ese tiene ideas brillantes, y es ducho para toda clase de situaciones embarazosas. Yo estoy seguro que al cascarrabias ese lo va a derrotar Getas. Porque, eso sí, introducir demoras en mi asunto, yo lo rechazo de una vez. ¡Muchas cosas buenas pueden suceder en un solo día! Pero... están abriendo la puerta.

ESCENA 4

Sóstratos, la hija de Cnemón con un cántaro.

La hija—¡Pobre de mí! ¡Cuántas desventuras sufro! ¿Qué voy a hacer ahora? La nodriza, al querer sacar agua, dejó caer la vasija en el pozo.

Sóstratos (aparte)—¡Padre Zeus! ¡Febo Peán! ¡Oh querido Par de Dióscoros! ¡Oh belleza inconquistable!...

La hija—Y papá que me dijo, al salir, que debía tenerle preparada agua caliente (para el baño).

Sóstratos (al público)—Amigos míos, ¿qué puedo hacer?

..La hija—¡Si la llega a coger la va a matar a palos como una criminal! Pero no hay que perder tiempo hablando. (*Se dirige al antro de las Ninfas*). ¡Oh Ninfas queridísimas! No me queda sino acudir a vosotras. (*Se detiene*). Sin embargo, tengo cierto temor no sea que moleste a quienes puedan estar haciendo sacrificios allá dentro...

Sóstratos (avanzando)—Si tú... si me quieres confiar el cántaro que llevas, yo con mucho gusto lo sumergiré en el pozo por tí, y te lo sacaré lleno.

La hija (tendiéndole la vasija)—¡Oh, sí, por los dioses! Pero hazlo pronto.

Sóstratos (aparte)—Esta niña puede ser campesina, pero tiene la desenvoltura de una persona civilizada. ¡Oh dioses tan venerados! ¡Qué divinidad me salvará! (*Entra en la gruta de las Ninfas*).

La hija—¡Ay, pobre de mí! ¿Quién ha hecho ruido en la puerta? ¡Ahí viene papá...! ¡Si me sorprende afuera me va a pegar...! (*Entra en casa de Cnemón*).

ESCENA 5

Daos, Sóstratos, la hija de Cnemón.

Daos (saliendo de casa de Gorgias, y dirigiéndose a la madre de este que está dentro)—Hace ya harto tiempo que estoy aquí sirviéndote. Mi amo en cambio está trabajando solo. Tengo que ir donde está él. (*Aparte*). ¡Maldita pobreza que acabas con todo! ¿Por qué te encontramos como un gran flagelo? ¿Por qué te has establecido tanto tiempo y tan continuo acá dentro, entre nosotros, para tomar parte de nuestra vida?

Sóstratos (tendiéndole el cántaro a la joven que acaba de aparecer en la puerta de Cnemón)—Toma, cógelo.

La hija—Tráemelo acá.

Daos (aparte)—¿Qué buscará este tipo?

Sóstratos (a la joven que vuelve a entrar en casa)—Adiós, y cuida mucho a tu papá. (*Aparte*). ¡Qué desdichado soy!

ESCENA 6

Pirrias, Sóstratos, Daos.

Pirrias (saliendo de su escondrijo)—¡Déjate de lamentos, Sóstratos! Todo saldrá bien.

Sóstratos—¿Saldrá bien qué?

Pirrias—No temas. Haz lo que ibas a hacer un poco antes: vete a buscar a Getas. Cuéntale clarito tu historia, y vuelve con él. (*Ambos salen por derecha*).

Daos (solo)—¿Qué es entonces lo malo aquí? ¡La cosa no me gusta nada! ¡Un mozalbete al servicio de una señorita? ¡Mal negocio! Pero... a tí, Cnemón, que todos los dioses —¡desgraciado!— ¡te hagan perecer de muerte desastrada! A una pobre inocente la abandonas, la dejas sola y en un lugar solitario, ¿sin vigilancia ninguna como si fuera una expósita? Este lo habrá comprendido, de seguro, y se ha “colado” aquí bien pronto, como husmeando su fortuna. ¡Nada de eso! Yo tengo que contárselo de todas maneras a su hermano, lo más presto que pueda, para estar alerta en favor de la muchacha. Eso es lo que parece que debo hacer en seguida: y está resuelto ya. Mas... veo que se aproxima un grupo de cantores del Peán: y se dirigen acá, medio alegrones por la bebida. No creo que es este el momento de disgustarlos. (*Sale por izquierda*).

Coro

ACTO II

ESCENA 1

Gorgias, Daos (entrando por izquierda).

Gorgias—Y así, dime, con esa insolencia, so cobarde, ¿te portaste en el asunto?

Daos—¿Y entonces qué?

Gorgias—¡Hubieras debido, por Zeus!, ver en seguida a ese tipo, cualquiera que fuese, que estaba hablando con ella, y advertirle que tuviera cuidado para que nadie lo volviera a pescar charlando con ella en lo futuro. Y en lugar de eso, como si fuera un asunto que no te impor-

tara un pito, te quedaste a un lado. Es que, mira, es imposible escapar a los lazos de la sangre, Daos. Tengo interés todavía por mi hermana. ¿Su padre se porta como un extraño con nosotros, no es cierto? Pues no imitemos su misantropía: porque si ella cae en la deshonra, también yo me siento deshonrado. El que ve las cosas de fuera no conoce al responsable, cualquiera que sea, sino lo sucedido. Averigüemos, pues.

Daos—Ay, mi querido Gorgias, le tengo miedo al viejo. Si me pilla cerca de su puerta, me cuelga inmediatamente.

Gorgias—El es más bien chabacano. Y nadie puede obligarle a mejorar de sentimientos oponiéndosele de todas maneras por la fuerza, ni hacerlo cambiar de su modo de pensar persuadiéndole con buenos consejos. Contra la violencia está de su parte la ley para impedirlo; contra la persuasión, su manera de ser.

Daos—Espera un momento. No hemos venido en vano, porque —como te decía— ya vuelve otra vez.

Gorgias—Ese tipo del manto, ¿ese es al que te refieres?

Daos—Ese.

Gorgias—¡Evidente! ¡Con solo mirarlo se adivina que es un truhán de siete suelas!

ESCENA 2

Los mismos, Sóstratos (entra por derecha).

Sóstratos—No encontré a Getas en casa. Pues mi madre estaba a punto de hacer un sacrificio a no sé qué dios —ella se lo pasa todos los días yendo y viniendo por toda la región para ofrecer sacrificios—, y lo mandó a contratar en seguida los servicios de un cocinero. Yo le dije adiós a la ceremonia, y regresé para acá. Y vengo resuelto a prescindir de tantas vueltas y revueltas, y a hablar yo mismo en mi favor. (*Yendo hacia la puerta de Cnemón*). Voy a golpear a esta puerta para evitarme el pensarlo dos veces.

Gorgias—Jovencito, ¿quisieras oír algo un poquito serio que tengo que decirte?

Sóstratos—Con mucho gusto, dilo.

Gorgias—Yo opino que para todos los hombres, en la prosperidad y en la desgracia, existe un cierto límite y una posibilidad de cambio de condiciones: y que al favorito de la fortuna la prosperidad de la vida le ha de permanecer siempre floreciente, mientras sea capaz de soportar su suerte sin cometer injusticia ninguna. Pero cuando arrastrado por la misma prosperidad llega a cometerla, entonces la mudanza será hacia lo peor. Los que viven en necesidad, si no obran el mal en medio de su indigencia, sino que sobrellevan con coraje su destino, ellos llegarán un día a lograr una posición de confianza con el correr del tiempo, y a esperar un mejor

lote de prosperidad. ¿Para qué digo esto? Para que tú, aunque seas muy rico, no te fies demasiado de eso, ni desprecies a nosotros los pobres: muéstrate digno siempre de tu buena fortuna ante los ojos de los hombres.

Sóstratos—¿Piensas que mi conducta actual es inconveniente?

Gorgias—Parece que has planeado una villanía, y que creíste que podrías seducir a una muchacha de condición libre, o acechaste la ocasión de cometer un crimen digno de muchas muertes.

Sóstratos—¡Apolo!

Gorgias—No es justo en todo caso que tu ociosidad se torne en detrimento de los que trabajamos. No hay nadie en el mundo, sábelo, que tenga el humor más cascarrabias que un padre víctima de la injusticia. Al principio excita la compasión, después él toma todo cuanto sufre no como una injusticia, sino como un ultraje.

Sóstratos—Perfectamente, joven. Pero, ¡por tu felicidad!, escúchame un instante.

Daos—¡Bien, mi amo! ¡Así me acontezca toda clase de bienes!

Sóstratos—Tú también, charlatán, préstame atención. He visto una niña en este lugar, y estoy enamorado de ella. Si esto es un crimen a tus ojos, soy quizás un criminal. ¿Qué más podría decir? Solo que he venido acá, no por encontrarme con ella, sino porque quiero ver a su padre. Pues siendo ella de condición libre, y teniendo yo lo suficiente con qué vivir, estoy dispuesto a llevarla sin dote, comprometiéndome a tenerle fidelidad y a quererla siempre. Ahora, si he venido acá con mala intención, o con el propósito de tramar una fechoría a espaldas de vosotros, que al instante, oh joven, Pan que vive aquí y con él las Ninfas me vuelvan loco en este lugar, ¡cerca de esa casa!... Te lo aseguro, estoy verdaderamente turbado de aparecer ante tí de esta manera.

Gorgias—Yo, por mi parte, si he dicho una palabra menos cortés de lo que convenía, no te disgustes más por eso. Tú me haces volver a mi recto juicio, y puedes considerarme como amigo. Y no te hablo como un extraño, mi querido joven, sino como hermano de la muchacha, pues tenemos la misma madre.

Sóstratos—¡Eres tú, por Zeus!, quien me va a ser útil en lo futuro.

Gorgias—¿Cómo útil?

Sóstratos—Veo en tí un carácter noble.

Gorgias—No quiero desanimarte con un vano pretexto, sino mostrarte la realidad de las cosas. Ella tiene un padre como no hay otro, ni en el pasado, ni en nuestros días.

Sóstratos—¿Malgeniado? Tal vez lo conozco.

Gorgias—Podría decirse que es el límite de la maldad. Esta posesión suya valdrá quizás dos talentos (de oro). El la cultiva siempre solo, sin ayuda de nadie, ni esclavo doméstico, ni jornalero del país, ni vecino nin-

guno, sino él solo. ¡Su mayor placer es sin duda no ver bicho viviente! Cuando trabaja tiene a la hija consigo la mayor parte del tiempo. No habla sino con ella sola. Charlar con otro no le haría la menor gracia. Y dizque no la dejará casar hasta que no encuentre un esposo del mismo carácter que él.

Sóstratos—Es decir: ¡nunca!

Gorgias—No te pongas, pues, a crearte problemas, amigo. ¡Será inútil! Deja que nosotros sus parientes soportemos eso, para quien la fortuna le depare.

Sóstratos—Por los dioses, joven amigo: ¿nunca has estado enamorado?

Gorgias.—No, y no me es permitido, colega.

Sóstratos—¿Cómo? ¿Quién te lo impide?

Gorgias—La consideración de mis males presentes, que no me da tregua ninguna.

Sóstratos—En todo caso me parece que no has estado enamorado: lo que acabas de decir sugiere inexperiencia. Tú me aconsejas que la deje. Esto no depende de mí, sino del divino (Eros).

Gorgias—Bueno, entonces no podemos reprocharte: pero estás sufriendo por nada.

Sóstratos—¿No hay peligro, pues, de casarme con ella?

Gorgias—No lo creo. Y lo verás pronto si me sigues allí, y permaneces a mi lado. El trabaja en el valle, cerca de nosotros.

Sóstratos—¿Cómo?

Gorgias—Introduciré la conversación sobre el matrimonio de su hija. ¡Lo cual me gustaría sucediera! El pronto pondrá fuera a todo el mundo, criticando la manera de vivir de la gente. Mas si te ve ocioso, y con ese elegante vestido, no aguantará tu presencia.

Sóstratos—¿Está ahora abajo?

Gorgias—No, él saldrá un poco más tarde por el camino acostumbrado.

Sóstratos—¿Y dices, amigo, que la hija le viene acompañando?

Gorgias—Puede ser que sí.

Sóstratos—Estoy dispuesto a marchar donde tú dices. Pero, te lo suplico, ayúdame.

Gorgias—¿De qué manera?

Sóstratos—¿De qué manera, preguntas? Pongámonos en camino por donde dices.

Daos—¿Qué? ¿Mientras nosotros trabajamos te vas a quedar con ese fino manto?

Sóstratos—¿Y por qué no?

Daos—Te va a lanzar terrones al momento, y te va a llamar: “Peste, ¡Holgazán!”. Tienes que cavar con nosotros. Pues si te llegare a ver trabajando quizás se detenga y te dirija la palabra, tomándote por un pobre labriego que vive independientemente.

Sóstratos—Estoy pronto a obedecer lo que sea. ¡Vamos! (*Se quita el manto y lo echa al hombro*).

Gorgias—¿Por qué te empeñas en trabajar tú mismo?

Daos (aparte)—¡Quiero que hoy la jornada sea lo más pesada posible, y que se le quiebren las caderas, y deje de una vez por todas de volver acá a molestarnos!

Sóstratos—Tráeme un azadón.

Daos—Toma el mío, y vete. Yo, mientras tanto, voy a terminar el muro de piedra. Ese también hay que levantarlo.

Sóstratos—Dámelo, pues. ¡Me has salvado la vida...!

Daos (a Gorgias)—Yo me retiro, mi amigo. Seguidme al campo. (*Sale por izquierda*).

Sóstratos—Mi situación es esta: O me muerdo ya, o sigo viviendo pero con ella como esposa.

Gorgias—Si en realidad dices lo que piensas, ¡mucho éxito! (*Sale por izquierda*).

Sóstratos (solo)—¡Oh dioses tan venerados! Con lo que ahora, *Gorgias*, me desvías de mi propósito —como te lo crees tú— con eso me excito más a ello, por dos razones: porque si la niña no ha crecido entre las otras mujeres, y no sabe nada de las mezquindades de la vida por los temores de una tía vieja o de una abuela, sino que ha sido criada de manera honrada junto a un padre de humor agrio, enemigo declarado del mal, ¿cómo no va a ser una felicidad obtenerla...? Pero este azadón pesa sus cuatro talentos (como 180 kgs.). ¡Me va a matar antes de tiempo! Sin embargo, no se puede aflojar ahora cuando en realidad he empezado a agarrar el asunto por un cacho! (*Sale por izquierda*).

ESCENA 3

Sicón (con un cordero al hombro), después Getas (por derecha).

Sicón—¡Este es un cordero extraordinariamente bueno! ¡Caray! ¡que se vaya al báratro! Si lo levanto en el aire para llevármelo, se agarra con los dientes a una rama de higuera, devora las hojas, y patalea de lo lindo. Si uno lo deja en el suelo, nada que camina: con él pasa exactamente todo lo contrario (de lo que uno quiere)... Pues sí, aquí me ven a mí, el cocinero, hecho tajadas por este animalito que traía remolcado por todo el camino. Mas aquí está por fortuna el antro de las Ninfas donde vamos a sacrificarlo. ¡Salud, Pan...! *Getas*, muchacho, ¿tanto te quedaste atrás?

Getas—¡Es que me amarraron a la espalda, para traer, la carga de cuatro jumentos, esas malditas mujeres!

Sicón—Una gran muchedumbre viene, a lo que parece. Ahí traes un montón indescriptible de mantas.

Getas—¿Qué hago?

Sicón—Colócalo ahí (junto al Santuario).

Getas—Ya está. Porque si *ella* ve al Pan de Peania en sueños, te puedo asegurar que iremos directamente al sacrificio para él.

Sicón—¿Quién vio en sueños?

Getas—No, hombre, no me preguntes tanto.

Sicón—De todas maneras, dímelo, *Getas*. ¿Quién fue?

Getas—La ama.

Sicón—¿Qué sueño, por los dioses?

Getas—¡Tú vas a ser mi muerte! Le parecían que Pan...

Sicón—¿Este de aquí?

Getas—Sí.

Sicón—¿Qué hacía?

Getas—Para su hijo adoptivo Sóstratos...

Sicón—Ese joven de buena presencia.

Getas—Clavaba cadenas al rededor...

Sicón—¡Apolo!

Getas—Y dándole un vestido de pieles y un azadón le ordenaba cavar en la granja vecina.

Sicón—¡No tiene sentido!

Getas—Por eso hacemos este sacrificio, para que tal presagio terrífico se convierta en éxito feliz.

Sicón—Comprendido perfectamente. Vuelve a tomar esas mantas, y mételas dentro. Preparemos pronto las camas en el interior, y dispongamos todo lo demás. ¡Que nada estorbe el sacrificio, cuando lleguen, y que todo se convierta en bien! Y tú, ¡infeliz una y tres veces, cesa ya de fruncir las cejas! Hoy te voy a hartar de comida, como debe ser.

Getas—Bueno, yo soy un admirador tuyo y de tu arte para siempre jamás. (*Aparte*). ¡Pero... yo no creo mucho en tus promesas! (*Entran ambos en la caverna*).

Coro

ACTO III

Cnemón, Getas, Sicón después.

Cnemón (saliendo de su casa y dirigiéndose a Símica)—¿Qué hubo, vieja? Tranque la puerta y no le abra a nadie hasta mi regreso, que será —según pienso— cuando esté completamente oscuro.

(Aparece de nuevo Getas. Viene del Santuario, al frente de un grupo de sacrificadores, entre los cuales Plangón —hermana de Sóstratos— y Pártenis, una flautista).

Getas—Plangón, ven aprisa. Ya debiéramos haber sacrificado.

Cnemón (aparte)—¿Qué significa esta confusión? ¿Una muchedumbre de gente? ¡Que se vayan a los cuervos!

Getas—A ver, Pártenis, toca la melodía de Pan. Dicen que no se puede uno acercarse a este dios en silencio.

Sicón (saliendo del Santuario)—¡Por Zeus! siquiera llegaron bien. ¡Hércules! ¡Qué disgusto! Hace ya un siglo que estamos cansados esperándolos! Tenemos ya todo preparado para el sacrificio.

Getas—¡Sí, por Zeus!, el cordero casi se muere de aguardar, infeliz (animalito). El no espera más sus demoras. Vamos, ¡adentro! Lista la cesta, el agua lustral; traigan las ofrendas sagradas. *(A un criado)*. ¡Por qué te quedas con la boca abierta, estúpido? *(Entran todos al Santuario)*.

..Cnemón (solo)—¡Miserables, ojalá perecieran todos desastradamente! Me convierten en un desocupado. Porque yo no podría dejar indefensa mi casa, ¡eso no! Las Ninfas son para mí una plaga constante por su vecindad: tanto que estoy pensando tumbar mi casa y reconstruirla más lejos, allá... ¡Miren la manera de sacrificar que tienen estos ladrones: traen consigo cestas de provisiones, jarrones de vino, y no por causa de los dioses sino de ellos mismos! ¡El incienso y tortas de cebada, eso es su piedad! El dios no recibe sino lo que se coloca en el fuego. Aunque estos, ¡lo que consagran a los dioses, saben qué es? la extremidad de la cola y la vesícula, porque eso no es comestible: el resto se lo devoran ellos. ¡Qué hubo, vieja! ¡Abra la puerta pronto! *(Aparte)*. Yo creo que hay que vigilar lo que pasa adentro. *(Entra en su casa)*.

ESCENA 2

Getas, después Cnemón.

Getas (saliendo del Santuario, y dirigiéndose a alguien dentro)—¿Y dices que olvidaste la caldera? ¡Caray! todavía estás durmiendo la borrachera. ¡Y ahora qué vamos a hacer? Por lo visto nos tocará molestar a los vecinos del dios. *(Golpea a la puerta de Cnemón y llama al portero)*. ¡Muchachito! *(Aparte)*. ¡Por los dioses!, servidumbre más condenada no creo que se alimente en ninguna otra parte. ¡Qué hubo, muchachos? *(Aparte)*. ¡Las criadas no sirven sino para pensar en vicios! —¡Muchachos, estoy

llamando! (*Aparte*)— y para calumniarlo a uno si las ve a ellas. ¡Muchachito! (*Aparte*). ¿Qué significa esto? ¡Muchachos! ¿No hay nadie en casa?... Ah, parece que alguien acude.

Cnemón—¿Por qué toca a mi puerta, triple majadero? Diga a ver.

Getas—Eh, ¡no me muerda!

Cnemón—¡Mire, por Zeus!, ¡yo soy capaz de comérmelo vivo!

Getas—No, gracias, ¡por los dioses!

Cnemón—¿Hay algún contrato entre usted y yo?

Getas—¡Contrato, ninguno! Pero es que yo vine, no para reclamarle una deuda, ni traigo testigos, sino para pedirle el favor de que me preste una caldera.

Cnemón—¿Una caldera?

Getas—Sí, señor, una caldera.

Cnemón—¡Majadero! ¿Es que se imagina que voy a sacrificar bueyes y que hago lo que ustedes hacen?

Getas—¿Usted? ¡Ni un caracol, por lo visto! ¡Amigo, adiós! Las mujeres fueron las que me mandaron tocar a su portón, y pedirle este favorcito. Usted no tiene. Regreso a contárselo a ellas. (*Aparte*). ¡Oh, dioses tan venerados! ¡Es una víbora canosa este vejete! (*Entra en el Santuario*).

Cnemón (al público)—¡Fieras homicidas! Vienen derecho a golpear a las puertas como si fuera una casa amiga. Si pillo a alguno de ustedes que se aproxime al portón, y no hago escarmiento en él por todos en este mismo lugar, bien pueden tomarme por un cualquiera. Este individuo—quienquiera que sea— ¡no sé cómo acaba de salir con la suya...! (*Entra en casa cerrando fuertemente*).

ESCENA 3

Sicón, después Cnemón

Sicón (saliendo del Santuario y dirigiéndose a Getas en el interior). ¡La desgracia te persiga! ¿Que fue rudo contigo? Quizás le pediste el favor descaradamente. (*Al público*). Hay personas que no saben cómo proceder. Es un arte que tengo inventado yo. Pues yo sirvo a miles y miles de personas en la ciudad, yo causo disgustos entre los vecinos, y obtengo utensilios de todo mundo. ¡Es que uno tiene que saber adular cuando necesita algo...! Supongan que responde a la puerta un señor de edad: al punto yo le denomino “padre mío”, “papá”. ¿Que es una vieja? Le digo: “mamá”. ¿Una mujer de mediana edad? Le doy el título de “sacerdotisa”. ¿Un esclavo? “Mi señor”, o “mi querido amigo”. Pero ustedes (*refiriéndose a los de dentro*)—¡dignos de ser colgados!— digan: (*toca a la puerta de Cnemón*). ¡Mocito...! ¡Mozos...! Yo... (*a Cnemón que aparece*). ¡Siga, papacito! ¿Me permite una palabrita?

Cnemón—¿Otra vez usted aquí?

Sicón—¿Hijo, qué es esto?

Cnemón—¿Usted como que me desafía de propósito? ¿No le he prohibido acercarse a mi portón? ¡Vieja, tráigame la correa! (*Agarrándolo*).

Sicón—¡No, déjeme ir!

Cnemón—¿Que lo deje?

Sicón—Sí, ¡mi buen amigo, ¡por los dioses!

Cnemón (*después de golpearle*)—¡Y vuelva a venir!

Sicón—Que Poseidón lo...

Cnemón—Ah, ¿sigue hablando todavía?

Sicón—Es que yo venía a que me prestara... a que me prestara una olla de barro.

Cnemón—Yo no tengo ollas de barro, no tengo hachas, no tengo vinagre, no tengo nada, ¿oyó? Se lo he dicho sin remilgos a todos los de estos rincones, para que nadie vuelva acá.

Sicón—Pero a mí no me lo había dicho.

Cnemón—Entonces se lo digo ahora.

Sicón (*aparte*)—Sí, peor para usted. (*A Cnemón*). Dígame, ¿no podría al menos indicarme a dónde puedo ir y conseguirme una?

Cnemón—¿No lo decía yo? ¿Va a seguir hablando?

Sicón—Es que le estoy dando los *buenos días*.

Cnemón—No quiero ningunos *buenos días* de ustedes.

Sicón—Bueno, ¡entonces *malos días*!

..Cnemón—¡Oh males incurables! (*Entra en casa*).

Sicón (*solo*)—¡Me pegó con el rastrillo de la manera más linda! ¿En qué consiste pedir con cortesía un favor? Este es el detalle que lo hace a uno cambiar, ¡por Zeus! ¿Habrá que acudir a otra casa? Pero si en todo este sector están listos a pegar lo mismo, la cosa se me pone peliaguda. Ya sé, ¿lo mejor para mí no será ponerme a asar todas las carnes? ¡Pues, claro! Por ahí tengo un cazo. ¡Y le digo adiós a los de File! ¡Aprovecharé cuanto tenga a la mano! (*Entra en el Santuario*).

ESCENA 4

Sóstratos llega por izquierda, con piel de cabra.

Sóstratos—Quien carezca de males, ¡que vaya de cacería a File...! ¡Oh, infeliz tres veces! Miren cómo me quedaron las bases, y las espaldas, y el pescuezo, ¡en una palabra todo el cuerpo! Me metí de cabeza, con

todas mis fuerzas de una vez, con mi entusiasmo de joven: levantaba en vilo el azadón —como si fuera yo un hombre curtido en el trabajo—, y me dediqué a la tarea con excesiva diligencia. ¡No mucho tiempo, claro!, pues cada rato me volvía expiando el momento en que apareciera el viejo en compañía de su hija, y —¡por Zeus! ¡entonces fue cuando empecé a sentir secretamente la extremidad de mis vértebras! Como esto se eternizaba, comencé a encorvarme; poco a poco quedé tieso como un palo. Nadie venía. El sol quemaba, y Gorgias cuando miraba podía verme como la palanca de un pozo levantarme con dificultad y luego otra vez con todo el cuerpo volverme a inclinar. “Jovencito”, me dijo, “yo no creo que hoy venga”. —“¿Entonces qué hacemos?”, le repliqué al punto. —“Le echaremos ojo mañana. Por ahora vayámonos”. —Y Daos estaba junto al azadón para relevarme.

Este fue mi primer asalto. Y aquí me tienen de nuevo. ¿Por qué? No soy capaz de decirlo, ¡por los dioses! El asunto con ella me arrastra acá espontáneamente...

ESCENA 5

Sóstratos, Getas.

Getas (sale del Santuario refunfuñando contra Sicón)—¡Qué calamidad! Hombre, ¿te imaginas que tengo sesenta manos? Para tí soplo las brasas de candela, camino allá, llevo todo ese revoltijo, corto las asaduras, preparo las tortas de harina, sirvo esto en ese sitio y en el otro, echo ojo a aquel... ¡y para colmo estoy ciego por el humo!... ¡Creo que mi parte en la tal celebración es la del jumento!

Sóstratos—¡Getas! ¡Mozo!

Getas—¿Me llama alguien?

Sóstratos—Yo.

Getas—¿Quién eres tú?

Sóstratos—¿No me ves?

Getas—¡Ah, sí! ¡Mi amito!

Sóstratos—¿Qué haces aquí, dime?

Getas—¿Que qué hacemos? Acabamos de sacrificar y de preparar una comida para vosotros.

Sóstratos—¿Mi madre está aquí?

Getas—¡Uh! ¡Hace rato!

Sóstratos—¿Y mi padre?

Getas—Lo estamos esperando. Pero, entra tú también.

Sóstratos—Después de una pequeña diligencia. ¿Este sacrificio se ha celebrado acá con algún propósito en cierto sentido, no? Voy a invitar a

un joven como yo, y a su esclavo. Pues por haber tomado parte en tales ceremonias serán mis aliados más preciosos en lo futuro, en este asunto del matrimonio.

Getas—¿Qué dices? ¿Hablar de invitar gente a comer? Por mí, pueden venir 3.000. Pues yo lo tengo sabido de memoria desde hace mucho tiempo que bocado no me va a tocar a mí. ¿Cómo podría yo lograrlo? ¡Invita a todo el mundo! ¡Magnífica es la víctima que se ha sacrificado, muy digna de admirarse...! Pero ese mundo de mujeres —¡el bello sexo!— ¿va a participar también? ¡No, nada, por Démeter!, ¡ni una pizca de sal...!

Sóstratos—Todo sucederá bien hoy, *Getas*. Yo mismo ¡oh Pan!, realizaré el oráculo y te dirigiré una oración siempre que pase cerca de tí; ¡y nuestras relaciones serán amistosas! (*Sale por izquierda*).

ESCENA 6

Símica (*sale asustadísima de casa de Cnemón*), *Getas*.

Símica—¡Ay, qué desgracia! ¡qué desgracia! ¡qué desgracia...!

Getas (*aparte*)—¡Que se vaya al infierno! ¡De casa del viejo sale una mujer!

Símica—¿A quién voy a persuadir? Es que yo quería sacar del pozo el cántaro que se me cayó, a ver si podía, a escondidas de mi amo. Y colgué el azadón de una debilucha cuerda podrida...

Getas (*aparte*)—¡Bien hecho!

Símica—Y también se cayó al pozo —¡infeliz de mí!— el azadón junto con el cántaro.

Getas (*aparte*)—¡No queda sino que te arrojes tú también!

Símica—Y dio la coincidencia de que el amo iba en el corral a pasar un montón de basura a otra parte; y corrió por todos los rincones buscándolo y refunfuñando, y... ¡ya hace ruido en la puerta!

Getas—¡Huye, miserable, huye! ¡Te va a matar, vieja...! ¡O, mejor, defiéndete!

ESCENA 7

Los mismos, Cnemón (*que sale hecho una fiera*).

Cnemón—¿Dónde está la bandida?

Símica—¡Se me cayó, mi amo, sin culpa mía!

Cnemón—¡Pero entre a la casa primero!

Símica—¿Qué es lo que va a hacer? ¡señor, dígame!

Cnemón—¿Yo? ¡la voy a amarrar y a ahorcar!

Símica—¡No, no! ¡Oh desgracia grande!

Getas (aparte)—¡Y precisamente con la misma cuerda, por los dioses! ¡Mejor, si está completamente podrida!

Símica—Llamaré a Daos, donde los vecinos.

.. *Cnemón*—¡Llama a Daos? ¡Vieja infeliz, mal hablada! ¡No me oye?

¡Pronto, para dentro! (*Símica entra en casa de Cnemón*). ¡Desgraciado de mí! Desgraciado por mi soledad actual. ¡Desgraciado como nadie! Voy a bajar yo mismo al pozo, ¿qué más puedo hacer?

Getas—Nosotros le alcanzaremos un gancho y la cuerda.

Cnemón—¡Que todos los dioses, oh miserable, lo aplasten malamente, si me chista una palabra más! (*Entra bravo en su casa*).

Getas (solo)—¡Y bien que me lo merezco! ¡Ha vuelto a entrar en casa de un salto, oh, tres veces infortunado este hombre! ¡Qué vida la que lleva! ¡El es el típico campesino del Atica! Riñe hasta con las piedras, que no producen más que tomillo y salvia. Es un experto en crearse problemas, y no saca nada bueno.

(*Sóstratos entra por izquierda, acompañado de Gorgias y Daos*).

Mas he aquí a mi amito que se acerca, trayendo los invitados. ¡Upa! ¡Son puros jornaleros del lugar! ¡Qué absurdo! ¡Para qué los trae aquí a esta hora? ¡Dónde los conocería?

ESCENA 8

Sóstratos, Gorgias, Daos, Getas.

Sóstratos—Yo no tomaría ese “no” por una respuesta. “Ya tenemos todo”. ¡Oh, Héracles! ¿Quién en el mundo se va a negar jamás a asistir a una comida, cuando un íntimo ha ofrecido un sacrificio? Y yo soy para tí, sábelo con cuidado, un amigo de hace mucho tiempo, aun antes de conocerte. Tu, Daos, recoge esto y vete, y luego regresas.

Gorgias—Pero es que no puedo dejar sola a mi madre en casa. En cambio vela porque no vaya a faltar nada. No me demoraré.

(*Entran en la Gruta. Daos en casa de Gorgias*).

Coro

ACTO IV

ESCENA 1

Símica, —*que sale preocupada de casa de Cnemón*—, *Sicón*.

Símica—¿Quién me va a ayudar? ¡Ay, infeliz de mí! ¿Quién me va a ayudar?

Sicón (sale del Santuario atraído por las voces)—¡Héracles Señor! Permítenos —te lo suplico por los dioses y los genios— ¡permítenos hacer nuestras libaciones! ¡Y ustedes insúltense, dense palo, láméntense...! ¡Qué casa más extravagante!

Símica—¡Mi amo se cayó en el pozo!

Sicón—¿Qué?

Símica—¿Que qué? Por sacar el azadón y el cántaro, fue bajando de a poquito, cuando ¡suaz!, se deslizó desde lo alto y... ¡al fondo!

Sicón—¿No era ese viejo malgeniado? Preciso, ¡lo que se merecía, por Uranos...! ¡Viejita querida, ahora es tu hora!

Símica—¿De qué?

Sicón—Agarra un mortero, o un piedronón, o algo por estilo y... suéltaselo desde arriba.

Símica—¡Ay, buen amigo, baja pronto!

Sicón—¡Poseidón me guarde! Para que me suceda lo del refrán: ¡luchar con un perro en el agua? ¡De ninguna manera!

Símica (llamando a grandes gritos)—¡Oh Gorgias! ¿En qué lugar de la tierra estás?

ESCENA 2

Dichos, Gorgias saliendo de la gruta, después Sóstratos.

Gorgias—¿En qué lugar de la tierra? ¿Qué te pasa, Símica?

Símica—¿Qué me pasa? Repito, que mi amo se cayó en el pozo.

Gorgias—¡Sóstratos, sal en seguida! ¡Ven acá! (*A Símica*). Pasa adelante, ¡pero pronto! (*Entran los tres en casa de Cnemón*).

Sicón (solo)—¡Sí, hay dioses, por Dionisio! ¡De modo que tú no prestarías una olla a los sacrificadores, robador de templos!, y les criticas. ¡Pues métete en tu pozo y sórbetelo hasta dejarlo seco: para que no tengas que compartir el agua con nadie...! ¡Hoy ciertamente las Ninfas se han sacado el clavo con él, como se lo tiene merecido, y esto a favor mío! ¡Ningún individuo culpable del crimen de leso-cocinero escapa impune! Es que, en torno a nuestro arte, hay un aura de santidad: mientras que a los servidores a la mesa sí se les puede hacer lo que se quiera. Pero... ¿será que está muerto? ¡Ajá!... Una mujer se lamenta y llama a su "Papá querido". (¡Ya es inútil! [*Aquí hay una laguna en el original, de varios versos*]... (Alguien bajará y le atará una cuerda), ¡claro está, y si lo salvan, oh bendita diosa! (...)).

...¿Qué semblante creen ustedes que va a tener, por los dioses? ¿Todo mojado y tiritando? Muy pulida, creo, va a estar su cara. Y, por mí, con qué gusto le contemplara, señores, ¡y pongo por testigo a Apolo aquí

presente! (*A las mujeres dentro*): Y, vosotras, mujeres, haced libaciones por esta intención. ¡Rogad porque logre un rescate pésimo, y salga bien estropeado y cojo...! Esa es la manera de convertirlo en un vecino totalmente inofensivo para con este dios, y con los que continuamente vienen a sacrificar. Tengo que preocuparme por esto, por si acaso alguien contrata mis servicios. (*Entra en la gruta*).

ESCENA 3

Sóstratos, que sale de casa de Cnemón.

¡No, señores, por Démeter, por Asclepio, por los dioses! ¡Nunca he visto en mi vida un hombre más de buenas cuando ya no le faltaba sino un tris para ahogarse! ¡Qué aventura más graciosa! Tan pronto como entramos, sin perder un momento Gorgias saltó de un brinco al pozo. Mi amada y yo nos quedamos al borde sin hacer nada —en realidad, ¿qué podíamos hacer?— Solo sí que ella se arrancaba los cabellos, lloraba, se daba golpes de pecho exasperada; mientras que yo, ¡idiota feliz!, colocado a su lado como una... —¡por los dioses!— como una abuelita, le rogaba que no hiciera eso, y se lo suplicaba con la mirada clavada en esa estatua, ¡bella como pocas! Del que abajo estaba herido me preocupaba menos que de nada, salvo que tenía que templar la cuerda todo el tiempo, ¡cosa que me disgustaba no poco...! Y, ¡por Zeus!, una vez casi que se mata: ¡porque mientras yo estaba contemplando la niña, la cuerda se me resbaló como tres veces!... Pero el Gorgias es un Atlas extraordinario. Y él estuvo firme, tanto que al fin, con harto esfuerzo lo sacó a flote. Apenas lo vi salir del pozo, me vine corriendo para acá. Es que yo no me podía controlar a mí mismo: ¡y casi salto al cuello de la niña para besarla! ¡Así de violento e inspirado es mi amor! Yo, pues, me preparo para... (*golpes en la puerta*). Pero están tocando en el portón.

(*Cnemón aparece en escena tendido en un lecho con ruedas. Le traen su hija y Gorgias*).

¡Zeus Salvador! ¡Extraño espectáculo...!

ESCENA 4

Gorgias, Cnemón, su hija y Sóstratos.

Gorgias—Cnemón, ¿necesita algo? Dígalo con confianza.

Cnemón—¿Que si necesito? ¡Estoy hecho un andrajo!

Gorgias—¡Animo!

Cnemón—¡Ya tuve ánimos! Cnemón no les volverá a fastidiar más en lo futuro...

Gorgias—Su mal es la soledad, ¿no ve? Por un pelo no se escapó de la muerte, no hace un instante. Un hombre de su edad, ya avanzada por cierto, debería tener a alguien que viera por él.

Cnemón—Yo no me siento bien, ya lo se. Pero vaya, Gorgias, llame a su mamá.

Gorgias—¡Uh! Inmediatamente. (*Aparte*). Las desgracias, por lo visto, saben instruirnos cuando estamos solos. (*Sale*).

Cnemón—Hijita, ¿quieres cogermme en tus brazos, y ayudarme a enderezar?

Sóstratos (*aparte*)—Ay, ¡qué hombre tan feliz!

Cnemón—¿Usted qué hace ahí, miserable, plantado junto a mí?

ESCENA 5

Los mismos, Mirrina.

Cnemón [*Aquí hay una laguna en el original. Faltan varios versos*]. (Acérquense todos). Quisiera (tomar ciertas disposiciones. Hija mía), y Mirrina, y Gorgias: (quiero justificar la manera de vivir solitario) que he escogido. (Porque) ninguno de ustedes podrá seguramente persuadirme a que cambie mi modo de pensar: (...) tendrán que dejarme.

En una cosa quizás me he equivocado: en que yo pensaba que, solo entre todos, podía bastarme y no necesitar de nadie. Ahora que he visto que el fin de la vida es repentino e imprevisible, caigo en la cuenta de que ha sido una sinrazón (mi manera de vivir) hasta ahora. Porque conviene que siempre haya, por decirlo así, una pronta ayuda en nuestras dificultades.

Mas, ¡por Hefesto!, así tenía yo las ideas al revés viendo las diversas formas de vivir de la gente, sus pensamientos para calcular el interés personal, —que yo no hubiera creído que nadie en el mundo fuera capaz de ser benévolo con su prójimo—. Ese era el obstáculo en que yo tropezaba, cuando por fin un hombre —Gorgias— me venció hoy con una prueba concreta, con esa conducta propia de un corazón nobilísimo.

Pues a quien le prohibió el acceso a su puerta, a quien jamás le ayudó absolutamente en nada, a quien ni le saludaba ni le hablaba de buena gana, a ese precisamente salvó. Mientras que otro hubiera dicho, con todo derecho: “¡Como usted me prohibió acercarme, yo no me acerco! Usted jamás me prestó su ayuda: pues yo tampoco a usted hoy”.

¿Y a qué viene esto, muchacho? A que si me muero ahora —y creo que ya me voy a morir, pues me parece que estoy muy mal— o si tal vez sobrevivo, yo te adopto por hijo mío. Todo cuanto poseo, todo considéralo como tuyo. Mi hija la confío a tu cuidado: procúrale un marido. Pues aunque —suponiendo— yo recobrare mis fuerzas, no sería capaz de encontrarle uno: jamás se hallará uno como para mi gusto. Pero a mí, si vivo, ¡déjame vivir como se me antoje! Encárgate de lo demás, y procede tú mismo. ¡Tienes sentido común, gracias a los dioses! Tú eres ahora el protector de tu hermana, como es lo correcto. Haz de mis posesiones dos partes iguales: dale una como dote; toma la otra, y provee por la manutención de tu madre y de mí.

Pero, ayúdame, hija mía, a recostarme.

Hablar más de lo necesario no es, a mis ojos, propio del hombre. Solo que todavía debes saber algo más, hijo mío. Pues deseo añadir dos palabras sobre mí mismo y mi carácter. Si todos fueran así, no habría tribunales, ni a las prisiones se enviarían unos a otros, ni habría guerra: cada uno viviría contento con lo suficiente. Pero es muy posible que el estado actual de las cosas sea muy agradable para ustedes. Entonces, sigan así. ¡Quedará fuera, donde no estorbe, el viejo incómodo y cascarrabias!

Gorgias—¡Sea! Acepto todas estas responsabilidades. Pero sería conveniente que nosotros halláramos pronto —de acuerdo contigo— un marido para la muchacha, si estás de acuerdo.

Cnemón—¡Caray! Ya expuse todo mi pensamiento: no me haga calentar, ¡por los dioses!

Gorgias—Es que hay uno aquí que necesita hablarte...

Cnemón—¡No, y no, por los dioses!

Gorgias—Es un pretendiente de la niña.

Cnemón—¡No me interesa un comino!

Gorgias—El que te ayudó a salvar.

Cnemón—¿Quién?

Gorgias—Este. (*A Sóstratos*). Acércate tú.

Cnemón—Ah, ciertamente está quemado por el sol. ¿Es un campesino?

Gorgias—¡Y qué campesino, padre mío!

Cnemón—¿No es un afeminado, ni tal que se gaste el día vagando sin hacer nada?

[*Aquí hay una laguna en el original: faltan algunos versos*].

(...) Dásela en matrimonio... ¡Llévenme adentro! (?) (*Salen la mujer y la hija llevándose al viejo en su lecho*).

Gorgias—...Y tengan cuidado de él. En adelante nos tocará a nosotros deliberar (lo del matrimonio) de mi hermana.

ESCENA 6

Gorgias, Sóstratos.

Sóstratos—¡El padre de la niña no puso ninguna objeción contra mí!...

Gorgias—Por eso: Yo te la prometo en casamiento; te la doy delante de testigos, para que lleves a título de dote cuanto estimes justo, Sóstratos. Porque te lanzaste a esta aventura sin hipocresías, sino con franqueza, y juzgaste que por este matrimonio pagaba la pena arriesgarlo todo.

Viviendo en las comodidades —como vivías— has tomado en las manos un azadón, has cavado, ante ningún esfuerzo has retrocedido. En esto es sobre todo donde se revela lo que es el hombre: si está preparado —por más que sea rico— a ponerse al mismo nivel de los pobres; porque así también soportará con entereza los reveses de la fortuna. Y tú has dado una prueba suficiente de tu carácter. ¡Solo que ojalá te conserves el mismo!...

Sóstratos—¡Seré mejor todavía! Pero alabarse a sí mismo es quizás menos elegante. (*Viendo a su padre entrar por derecha*). Y veo que mi padre llega en este momento oportuno.

Gorgias—¿Calípedes es tu padre?

Sóstratos—Como dices.

Gorgias—¡Por Zeus!, ¡si es rico, y se lo merece! ¡Es un labriego indomable!

ESCENA 7

Calípedes, Gorgias, Sóstratos.

Calípedes—¡Parece que me abandonaron! Seguro que ya devoraron el cordero, y se habrán marchado al campo hace rato.

Gorgias—¡Por Poseidón! ¿Qué muelita, no? ¿Le contamos todo ya?

Sóstratos—No, que coma primero. Así se amansará un poco.

Calípedes (*sorprendido de ver a su hijo hablando hacia afuera*)—¿Qué es esto, Sóstratos? ¿ya comísteis?

Sóstratos—Sí, pero te quedó tu parte. ¡Entra!

Calípedes—Eso es lo que voy a hacer. (*Entra en la gruta*).

Gorgias (*a Sóstratos*)—Síguelo tú, y luego podrás charlar a solas con tu padre, si quieres.

Sóstratos—¿Tú esperarás en casa, no?

Gorgias—Sí, yo no salgo de casa.

Sóstratos—Dentro de un momento te vuelvo a llamar. (*Entra en el Santuario; Gorgias en su casa*).

Coro

ACTO V

ESCENA 1

Sóstratos que sale de la gruta en compañía de su padre.

Sóstratos—No, no, papá, no todo eso de tu parte es como yo quiero, ni como lo espero.

Calípedes—¿Pero qué? ¿No he asentido completamente con tus deseos? Te digo y te repito que te conviene tomar por mujer a la que ames de veras. Y esa es también mi voluntad.

Sóstratos—Yo no creo que piensas así...

Calípedes—¡Sí, por los dioses! Tal como suena. Lo tengo más que pensado: para un joven el matrimonio será firme si está resuelto a casarse por amor.

Sóstratos—Entonces yo quiero desposarme con la hermana de este joven amigo, pues pienso que él es digno de nuestra categoría social. ¿Pero cómo puedes tú decir ahora que, en cambio, no le darás mi hermana a él?

Calípedes—¡Déjate de hablar tonterías! Yo no quiero tener una nuera y además un yerno pobres! Es suficiente con uno de los dos.

Sóstratos—¡Hablas de los bienes de este mundo, que son pasajeros! Y si estás seguro de que ellos permanecerán junto a tí toda la vida, guárdalos, y no des participación a nadie. Mas tú no eres el dueño, y no dependen de tí, sino que todo lo tienes por la Fortuna: ¿por qué entonces te muestras celoso, papá? ¿Quién sabe si a otras manos, tal vez indignas, los pase la Fortuna despojándote a tí! Por eso yo sostengo que mientras eres el dueño tienes que usar de ellas, papá, como un hombre bien nacido, ayudar a todos, llevar prosperidad a los más posibles, gracias a tus obras. Esto sí es imperecedero. Y si alguna vez te hiere la calamidad, tendrás a tu vez un trato semejante. Y mil veces preferible es un amigo declarado que las riquezas invisibles que guardas sepultadas en la tierra!...

Calípedes—Tú sabes lo que hay, Sóstratos. Cuanto he acumulado no lo llevaré conmigo a la tumba. ¿Cómo podría llevarlo? Eso es tuyo. ¿Quieres favorecer a un amigo? Primero haz prueba de él, después hazlo con buena suerte.

¿Y a qué me vienes con preceptos de moral? Vete, ¡tienes suficiente juicio, distribuye, participa! Estoy plenamente convencido.

Sóstratos—¿De veras?

Calípedes—De veras, sábelo ya. Y no te atormentes más.

Sóstratos—Entonces voy a llamar a Gorgias.

ESCENA 2

Dichos, Gorgias.

Gorgias—Salía yo cuando a la puerta oí toda vuestra conversación desde el comienzo. Entonces, ¿qué? Yo te considero, Sóstratos, como un amigo leal, y te estimo extraordinariamente. Pero un favor por encima de mis medios ni quiero ni, ¡por Zeus!, ¡aunque lo quisiera no lo soportaría!

Sóstratos—No sé qué quieres decir.

Gorgias—A mi hermana te la doy por mujer. Pero casarme con la tuya, ¡ya quisiera yo! pero...

Sóstratos—Qué significa “ya quisiera yo, pero...”.

Gorgias—Yo tengo para mí que es perfectamente inaceptable vivir con lujo y comodidad, gracias al sudor ajeno. Uno debería tener sus propios medios pecuniarios.

Sóstratos—¡Tonterías, Gorgias! ¿Es que tú no te juzgas digno de esta unión?

Gorgias—Yo ciertamente me juzgo digno de tu hermana. Pero creo que lo correcto no es que yo —con pocos recursos— vaya a recibir mucho.

Calípedes—¡Por Zeus poderoso! ¡Esa delicadeza de conciencia está en favor tuyo!

Gorgias—¿Cómo?

Calípedes—No tienes dinero, y quieres dar la impresión de que tienes. Bien puedes advertir que estoy persuadido —y tu propio proceder me lo ha persuadido doblemente—: ¡Así, pues, no vayas a ser pobre y a la vez estúpido! No huyas de la perspectiva de seguridad que te ofrece este enlace.

Gorgias—¡Venciste! No resta sino proceder al matrimonio.

Calípedes—Según eso, buen joven, yo te desposo ahora con mi hija para que procrees hijos legítimos. Y junto con ella te doy una dote de tres talentos (de oro).

Gorgias—Gracias, y yo tengo un talento como dote de la otra.

Calípedes—¿Tienes uno? ¿No exageras demasiado?

Gorgias—No, es que yo lo tengo.

Calípedes—Guárdate para tí todo el terreno, Gorgias. Ahora vete a llamar acá a tu madre y a tu hermana. Están en nuestro grupo de mujeres.

Gorgias—Con mucho gusto.

Sóstratos—Esta noche permaneceremos aquí todos para la parranda. Mañana celebraremos los matrimonios. Y que Gorgias se invite también acá al viejo. Cuanto él necesite lo hallará tal vez mejor entre nosotros.

[*Laguna en el original*].

Gorgias—El no querrá jamás, Sóstratos.

Sóstratos—Trata de persuadirlo.

Gorgias—Haré lo posible. (*Entra en casa de Cnemón*).

Sóstratos—Nos falta ahora, papacito, una buena bebida (para los hombres), y el festival de la noche para las mujeres.

Calípedes—Al contrario, que beban ellas, porque sé que nosotros vamos a la juerga toda la noche. Ahora entro y haré algunos de los preparativos necesarios. (*Entra en el Santuario*).

Sóstratos—Hazlos. (*Aparte*). El que es prudente no debe jamás desesperar del todo de una empresa. Con cuidado y sudores todo se puede lograr. ¿Prueba? este ejemplo de hoy. ¡En un solo día he logrado concluir un matrimonio que nadie en el mundo hubiera jamás creído posible!

ESCENA 3

Sóstratos, Gorgias, la madre y la hija

Gorgias (*a su madre y hermana que le acompañan*)—¡Adelante! ¡Apresúrense!

Sóstratos—Vengan por acá. (*A su madre que se supone en el interior de la caverna*). ¡Mamá, recíbelos! (*A Gorgias*). ¿Y Cnemón? ¿No viene todavía?

Gorgias—¡Qué va! El me rogó que me trajera la vieja criada también para quedar absolutamente solo, a su antojo.

Sóstratos—¡Qué carácter tan irreductible!

Gorgias—Así es.

Sóstratos—Yo voy por lo menos a saludarle. Entremos.

Gorgias—¡Sóstratos, yo me muero de la pena acá entre las mujeres...!

Sóstratos—¡No seas tonto! ¿No vienes? Es oportuno que desde hoy lo consideres todo como de la familia. (*Entran en la gruta*).

ESCENA 4

Símica, después Getas.

Símica (*sale de la casa de Cnemón*)—¡Yo también, por Artemis!, ¡me voy a marchar! Usted se quedará ahí echado solo. Infeliz con ese carácter. Esta buena gente quiere llevarlo donde el dios, ¿y dice que no? Le va a sobrevenir un cerro de tribulaciones, por Démeter y Kore, y más grandes que ahora. ¡Ojalá que todo sea en bien!

Getas (*saliendo del Santuario*)—Yo me voy por este lado a ver qué tal va.

(*Mientras se dirige a casa de Cnemón se escucha una música de flauta*). ¡Hola, desgraciada! ¿Por qué me estás acompañando con la flauta? Yo no estoy desocupado. Acá me mandan cerca del que está mal. ¡Espera!

Símica—Sí, y que alguno de ustedes vaya junto a su cabecera. Ahora cuando voy a perder a mi joven ama quiero hablarla, saludarla, abrazarla.

Getas—Eres inteligente. Vete, pues. Que al viejo yo iré a cuidarle entretanto. (*Símica entra en la gruta*). Hace harto tiempo [*laguna*] (...) se me ha presentado la ocasión, y hay que aprovecharla. ¿Pues de qué sirve ahora trabajar tanto?... (...).

(*Va a echar una ojeada donde Cnemón, y vuelve a la gruta*).

¡Cocinero Sicón! ¡Hazme el favor de venir acá cuanto antes! (*Aparte*). ¡Oh Poseidón!, ¡lo que me pienso divertir ahora!

ESCENA 5

Dicho, Sicón que sale de la gruta.

Sicón—¿Me llamas?

Getas—Sí. ¿Quieres vengarte de todo lo que has aguantado?

Sicón—¿Que si he aguantado mucho?... ¿No aprovechará divertirse?

Getas—El viejo cascarrabias está solo, a punto de dormirse.

Sicón—Bueno, ¿y cómo sigue?

Getas—No del todo mal.

Sicón—¿No se podrá levantar y apalearnos?

Getas—No, yo no creo que se levante ya.

Sicón—Ah, ¿qué dulce plan me propones? Voy a entrar donde él, y a pedirle prestada cualquier cosa; se pondrá fuera de sí.

Getas—Bueno, ¿y qué pasará si primero lo arrastramos, lo dejamos ahí, y nos ponemos a dar golpes al portón, y a pedirle favores, y a echarle candela? Eso sí será muy chistoso, te lo digo yo.

Sicón—Gorgias es el que me da miedo. Si nos atrapa nos va a dar una tunda...

Getas—Adentro están en plena parranda. ¡Cómo beben! Nadie se dará cuenta. Después de todo, a nosotros nos toca domesticarlo. El entra en nuestra familia por lo del matrimonio. Y si sigue siempre como es ahora, será trabajoso aguantarle.

Sicón—¿Cómo no? (*Se dirigen a la casa de Cnemón*).

Getas—¡Tú no te dejes ver, tráelo hasta acá, hacia adelante. ¡Listos! Pasa primero tú.

Sicón—Espera un poco, te suplico, no sea que vayas y me dejes plantado acá. ¡Y, chito!, ¡nada de ruido, por los dioses!

.. *Getas*—¡Yo no estoy haciendo ruido, por la Tierra! (*Entran y salen en seguida trayendo a Cnemón dormido*).

Getas—A la derecha.

Sicón—Allí.

Getas—Déjalo ahí. ¡Llegó el momento! Bien. Yo voy a dirigir de primero. ¡Chist! Y tú mantente al mismo ritmo que yo. (*Golpea a la puerta*). ¡Mozo! ¡Mocito! Mozos, estoy llamando. ¡Mozo! ¡Muchachos!

Cnemón (*despertado del sueño*)—¡Ay, de mí! ¡Me morí...!

Getas—¿Quién es este? ¿Usted pertenece acaso a este hogar?

Cnemón—Claro está, ¿usted qué quiere?

Getas—Vengo a que ustedes nos presten calderas y vasijas.

Cnemón—¡Ay, caray! ¿Quién me ayudará a enderezarme?

Getas—Ustedes las tienen, las tienen con toda seguridad. Y siete trípodes, y doce mesas. ¡Vamos, muchachos, adentro a anunciárselo a la gente! ¡Estoy de prisa!

Cnemón—¡Pero si yo no tengo nada!

Getas—¿Cómo que no tengo nada?

Cnemón—¿No lo ha oído ya diez mil veces?

Getas—Me voy corriendo, pues.

Cnemón—¡Oh, desdichado que soy! ¿Cómo me han traído acá? ¿Quién me ha depositado frente a mi casa?

Sicón (*a Getas*)—¡Vete, pues, tú, y pronto! (*Como antes*): ¡Mozo! ¡Mocito! ¿Qué hubo mujeres? ¡Los hombres, a ver! ¡Mozo portero!

Cnemón—Hombre, ¿está loco? ¡Me va a tumbar la puerta!

Sicón—Présteme nueve cobertores.

Cnemón—¿De dónde los saco?

Sicón—...y un tapete de lino bordado al estilo persa, (...) de cien pies de largo.

Cnemón—¡Lástima no tener a mano una correa! ¡Vieja! ¿Qué se hizo la vieja?

Sicón—Bueno, me voy a otra puerta. (*Amenaza irse, pero vuelve a la carga con Getas*).

Cnemón—¡Márchense! ¡Símica, venga, vieja! (*A Getas*): ¡A usted, miserable, que todos los dioses lo aplasten desastrosamente! ¿Qué desea?

Getas—Llevar una caldera bien grande, de bronce.

Cnemón—¡Ay, quién me ayudara a enderezarme!

Sicón—Usted tiene, usted tiene de seguro el tapete, ¿no es cierto, papacito?

Cnemón—¡Por Zeus!

Getas—¿No es cierto que una caldera...?

Cnemón—¡Símica! ¡La voy a matar!

Getas—¡No siga gruñendo, y échese a dormir! Usted no puede ver la gente, usted odia a las mujeres, y no se deja llevar a reunión con los que están haciendo el sacrificio. ¡Pues entonces aguántese todo eso! ...No hay nadie que le socorra. ¡Así que quédese acostado, y controle esa neura! Escuche todo por orden... [*Laguna*]... (...) para su mujer y su hija, abrazos y muestras de cariño. Las mujeres tienen una ocupación agradable. Consideremos las cosas de un poco más arriba. Yo estaba preparando un banquete para los señores estos. ¿Escucha? ¡No se duerma!

Cnemón—¿Que no duerma? ¡Ay ay!

Sicón—¿Qué dice? ¿Quiere ir personalmente? Y prosigue el resto (de mi relato): había mucho que hacer. Yo colocaba las mesas en su sitio. Esto es lo que me correspondía hacer, ¿oyó? Es que el cocinero soy yo, recuerde.

Getas (aparte)—¿Qué hombre tan sibarita!

Sicón—Otro servidor, llevando en los brazos al dios del *evohé*, ya viejo cano (el vino añejo) lo inclinaba sobre el hueco de una vasija: y mezclándole el licor de las Ninfas (el agua) pasaba por la derecha sirviéndolo a los hombres en derredor, mientras otro hacía lo mismo para las damas.

Era como si uno fuera cargando arena, ¿entiende? Y una de las esclavas, toda embriagada, con la flor de su bello rostro joven sombreado (con afeites) entraba a bailar siguiendo el ritmo con vergüenza y tambaleante. Mas otra le daba la mano y se ponía a bailar.

(*Sicón y Getas, cogidos de la mano bailan, e invitan a Cnemón*).

Getas—¡A ver, usted que está tan gravemente ofendido, únase a nuestra danza! (*Tratan de ayudarlo*).

Cnemón—¿Qué pretenden conmigo, importunos?

Sicón—¡Unase a nuestra danza! ¡Cómo es de rústico!

Cnemón (forcejeando)—¡No, por todos los dioses!

Getas—¿Entonces lo transportamos ya a la caverna?

Cnemón—¿Qué hago, ha?

Sicón—¡Baile también!

Cnemón—¡Sí, llévenme! Quizás vale más aguantar la juerga dentro.

Getas—¡Esto se llama tener inteligencia! ¡Triunfamos! ¡Oh bella victoria! (*A la flautista y a Sicón*). A ver, mozos: Dónax, Sicón, Syros, levántenlo y llévenlo! (*A Cnemón que se esfuerza*) ¡Cuidado! Porque si nos da trabajo lo cogemos, y en ese caso no crea que lo vamos a tratar con suavidad. ¡Hola!, ¡que nos traigan coronas, una antorcha...!

Sicón—Toma esta. (*Coronan al viejo*).

Getas—¡Muy bueno!

(*Al público*).

¡Participen del júbilo con que hemos triunfado sobre este viejo que nos dio tanta guerra! ¡Niños, jóvenes y señores: hagan el favor de aplaudir!

Y que la Victoria, Doncella que nació de un noble padre amigo de la risa, ¡se úna siempre a nosotros y nos dispense sus favores!

(1965).